

Philippe-Joseph Salazar (2016); *Palabras Armadas. Entender y combatir la propaganda terrorista*. Barcelona: Anagrama, Colección Argumentos, 245 pp. ISBN: 978-84-339-6402-1.

“A las armas les gustan las palabras. Las convierten en nuevas armas”. Con este enunciado, Philippe-Joseph Salazar polemiza con la creencia pacifista, arraigada en las democracias occidentales, que sostiene que la violencia puede ser superada cuando cede su lugar al diálogo. A partir de 2014, y en especial luego de los ataques terroristas en París en 2015, el público occidental ha descubierto con horror que, por el contrario, los atentados perpetrados en territorio europeo (y también en Oriente Medio) son inseparables de un discurso grandilocuente, ornamentado y estilizado, perteneciente a la mejor tradición retórica árabe-islámica, que los reivindica. En *Palabras armadas. Entender y combatir la propaganda terrorista*, producto de una investigación de dos años sobre el material propagandístico escrito y audiovisual del Estado Islámico o Califato (como él propone que se lo nombre), Salazar hace hincapié en el hecho de que el reclutamiento exitoso de cientos de jóvenes yihadistas de todo el mundo se debe en gran parte al efectivo modelo retórico que propone esta organización. El autor, filósofo y retórico francés, profesor distinguido en la Universidad de Ciudad del Cabo, discute en este trabajo con una *doxa* política que, ya sea a través de la burla o de la explicación por la marginalidad y la locura, busca hacer inteligible en sus propios términos una alteridad irreductible a la racionalidad occidental,¹ lo que da cuenta de la fundamental incomprensión con la que los medios de comunicación y la clase política lidian con el fenómeno del radicalismo islámico.

El libro está estructurado en un prólogo, trece capítulos y un epílogo, en los que Salazar desarma los lugares comunes, los estereotipos (Amossy & Herschberg Pierrot, 2015) y los modos habituales de designar al Califato y a sus integrantes, describe el poder persuasivo de su propaganda y propone acciones concretas para contrarrestar sus efectos. El lector encontrará que esta obra, un éxito de ventas en Francia, no es un trabajo destinado a la academia ni busca ser exhaustiva en las citas bibliográficas, sino que pretende, desde una perspectiva retórica, dar a conocer el discurso del Califato al público no especializado. En el prólogo, el autor presenta la problemática que articulará el resto del libro: “¿Cómo comprender la potencia oratoria y persuasiva del yihadismo y

¹ Cabe destacar que términos como “Occidente” o el adjetivo “occidental” son utilizados por el autor para referirse a Francia, en primer lugar, y de modo más general a Europa y América del Norte.

del Califato?” (p. 10). Para comenzar a responder este interrogante, se señala la esterilidad del lenguaje occidental en comparación con el arte oratorio islámico, rico en analogías y de una ornamentación inusual para la retórica europea.

En adelante, cada capítulo se dedica a explorar un aspecto de la retórica califal en particular. En el capítulo 1 se presenta la escena fundacional del Califato: Al Bagdadi pronuncia una homilía en la mezquita de Mosul (Irak) que, a la manera de los enunciados performativos (Austin, 1991), lo inviste con el título de califa y da comienzo al Califato. Uno de los puntos fuertes del libro consiste en establecer la diferencia radical con la racionalidad islámica, al mismo tiempo que se buscan paralelos en la historia del mundo occidental. Así, si por un lado Salazar plantea la imposibilidad de incorporar el modo de gobierno del Califato, resistente a la occidentalización, dentro del léxico político actual, también menciona que Estados Unidos fue fundado a partir de una proclamación y, al igual que el Califato, este acontecimiento resultó risible para las demás naciones; esto plantea “el poder performativo de la proclamación” (p. 35) y señala el riesgo de ser indiferentes ante este tipo de actos. Asimismo, en este capítulo se plantea una de las tesis que serán retomadas a lo largo del libro: la persuasión de la retórica califal radica mayormente en el hecho de ofrecer un ideal trascendental frente al materialismo predominante en Europa y América, donde reina el “politeísmo” (p. 28) del culto al ser humano, a la técnica, al mercado, etc., y donde los valores republicanos no poseen la misma fuerza para movilizar a la ciudadanía en defensa de su país.

En los capítulos 2 y 3 el autor explora y desarma los términos utilizados para nombrar al Califato y a sus integrantes. De esta manera, retrotrae el concepto de terrorismo al derecho romano, desde el cual se entiende que el terror remite a inspirar un “temor saludable” (p. 40) a los criminales y al derecho de expulsarlos del territorio propio. Esta noción es la que recupera el Califato, a partir de una apropiación territorial simbólica: “como Francia ya pertenece al Califato pero está ocupada por los infieles, hay que aterrorizarlos, inspirarles un miedo saludable, y si no respetan la integridad del islam rechazando la conversión, hacerles huir” (p. 46). De la misma manera, la proliferación de nombres referidos a esta organización (ISIS, Estado islámico, Califato, Daesh/Daech, etc.), la necesidad de distinguir entre “islámico” e “islamista”, las transliteraciones de expresiones árabes al francés, entre otros, dan cuenta de la hegemonía discursiva del Califato, en tanto “no controlamos los términos del conflicto” (p. 60) sino que es éste el que establece cómo se habla de él. Por lo tanto, el autor realiza un llamamiento para adecuar el discurso de los medios de comunicación a la

realidad, evitar la “coranización del francés” (p. 63) y obligar al Califato a que se enfrente a un código bélico ajeno: la lengua francesa estándar. Así, en lugar de terroristas, propone “guerrilleros” o “soldados”; a los combatientes franceses deberían llamarlos “traidores a la patria”, y a la organización, Califato, a fin de utilizar un término codificado en francés y evitar la proliferación de nombres.

La comunicación digital del Califato, su estética y su relación con el discurso religioso y militar son los focos de los capítulos siguientes. En el capítulo 4 el autor expone el contraste que existe entre considerar este régimen como oscurantista y retrógrado y al mismo tiempo percibirse indefensos ante su manejo extremadamente eficaz de la comunicación por Internet. Ante esta constatación, se plantea que la posición retórica occidental es asimétrica: no se posee una respuesta válida y efectiva para contrarrestar los efectos de la propaganda califal, sino que la permanente exposición en los medios de los videos de decapitaciones, torturas y ejecuciones, con la censura que corresponde a la sensibilidad occidental, y el intento de los gobiernos por producir videos “antiyihadistas” (p. 78) evidencian la ignorancia de éstos respecto de lo que realmente persuade a un partidario del Califato. En este sentido, Salazar sostiene que el peor error que se puede cometer es entender al yihadismo como “una patología de imbéciles” (p.85), en tanto las estadísticas indican que son jóvenes de clase media, frecuentemente con educación universitaria. El capítulo 5 relaciona el discurso yihadista con dos géneros discursivos que forman la “retórica del llamamiento” (p. 102): la predicación religiosa, que en nombre de una voluntad superior vincula las preocupaciones humanas con la divinidad, y la arenga militar, que insta a las tropas a realizar el sacrificio supremo antes de la batalla. Ante esta retórica guerrera, Occidente es visto como el adversario débil, en tanto existe allí la ilusión de que todo puede resolverse a través del diálogo y el debate razonado de ideas; en realidad, de acuerdo a Salazar, habría que contraponerle al Califato un movimiento análogo de llamamiento a la toma de armas en defensa de ideales democráticos que, si bien en la actualidad han perdido su fuerza, siguen siendo vigentes ante la amenaza yihadista.

Más adelante, en el capítulo 6, se retoma la crítica a la censura del material audiovisual del Califato, y se plantea que, a diferencia de lo que se suele suponer, ese material no busca convencer ni seducir racionalmente, ya que la dificultad para acceder a los videos completos, la censura constante a la que son sometidos y el hecho de que la mayoría se produzca en lengua árabe impiden que funcionen como propaganda propiamente dicha; por el contrario, el autor plantea que la comunicación audiovisual

del Califato busca generar un juicio estético que atraiga a través de las imágenes y sonidos, aún si no se entiende el idioma. De esta manera, la solemnidad del ritual, los cantos de la banda sonora y el exotismo de la imagen producen una continuidad entre “ver, oír, obedecer” (p. 116) y condicionan el paso de la atracción estética a la adhesión ética. El capítulo 8 continúa el análisis de la estética yihadista y señala la exaltación de la figura del soldado: de uniforme negro, sin señales jerárquicas o de valor, a cara descubierta y de cuerpo presente en el campo de batalla, éste simboliza una recuperación del poderío viril y guerrero; impone respeto a partir del “estar ahí” de la guerra ostentosa, en clara contraposición con la práctica de la guerra secreta y con la búsqueda de la menor cantidad de riesgos posibles –una verdadera “gestión de la guerra sin riesgos” (p. 140)– propia de Occidente. Esto le imprime implícitamente una superioridad moral al Califato, y permite calificar de héroes a los partidarios caídos en combate.

El capítulo 7 merece una mención especial, en tanto explora quizás uno de los temas más controversiales del fenómeno califal: la adhesión de mujeres europeas o estadounidenses al yihadismo, a pesar de la educación feminista occidental y de la subordinación de la mujer en ese régimen. Aquí es donde el autor desarrolla uno de los hallazgos más interesantes de su investigación: las mujeres que viajan al territorio del Califato se reconocen en la figura de la emigrante que se convierte para salir de la inmoralidad, encontrar el camino correcto y así regresar a Dios. La autonomía femenina, entonces, se afirma en la decisión de cortar lazos con la familia de origen y de asumir la responsabilidad de volver a la tierra del islam.

Los capítulos restantes desarrollan el aspecto político-discursivo de la aparición del Califato. Así, por ejemplo, el capítulo 9 señala que la imagen del yihadista decapitando a sus víctimas representa “la reaparición de la política fuera del consenso que la enmarcaba (...) en unos códigos de censura” (pp. 145-146). Frente a la reducción del impacto de la violencia en la política (al menos en territorio europeo y norteamericano) a partir del período de posguerra, las ejecuciones del Califato irrumpen como “una forma del mal político imposible de gestionar” (p. 146): instauran la pornopolítica (Michaud, 1978). Al frente de este resurgimiento se encuentra la figura del sacrificador, encargado de un ritual a la vez político y religioso que devuelve el sentido de lo sagrado, perdido en las sociedades laicas occidentales desde el retroceso del catolicismo. En estos ritos sacrificiales convergen dos discursos, codificados en la estructura del ritual: por un lado, el discurso de expiación proferido por la víctima, que

confiesa sus culpas y realiza una autocrítica; por el otro, la acusación moralizante del victimario, quien debe informar la razón de la ejecución, “para que aparezca como un acto de justicia” (p. 154). Esta escenificación obtiene su fuerza persuasiva a partir de la exhibición del sacrificio como propaganda moral. Una vez más, Salazar pone especial atención en los modos de designar al enemigo: propone no llamar a las ejecuciones “decapitaciones”, en tanto remiten a una memoria discursiva (Courtine, 1981) ligada a los actos de justicia de la Revolución Francesa; por otro lado, de acuerdo a un razonamiento similar, considera que “verdugo” es un término apropiado para los combatientes del Califato, en tanto remite a la ocupación alemana de Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

El capítulo 10 se detiene en los discursos que surgen como explicaciones tranquilizadoras ante esta irrupción de la violencia política por parte del fundamentalismo religioso: en primer lugar, como consecuencia de la medicalización de la vida pública (Foucault, 1972) se categoriza al fenómeno terrorista como una patología social, fuera de la norma pero curable. Luego de los atentados de *Charlie Hebdo*, esta explicación resulta insuficiente y es reemplazada por una “retórica psicosociológica” (p. 165) que plantea que la conversión al yihadismo encontraría sus causas en la marginación socioeconómica. Un tercer discurso explicativo se superpone al anterior: “la *narrativa*, a saber, que para toda acción social existe una ‘historia’ que uno se cuenta, y que esa ‘historia’ es por sí misma poderosa” (p. 168). De esta manera, a las narrativas sobre la opresión occidental sobre el islam y la necesidad de la yihad habría que enfrentarles una contranarrativa más eficaz. Sin embargo, lo que estas explicaciones no tienen en cuenta es el poder decisivo del islam en el proceso de radicalización: de acuerdo con el autor, en el intento por evitar la islamofobia, con la consecuente estigmatización de la población musulmana, las democracias occidentales han ignorado la responsabilidad de la religión en la glorificación de los que se convierten y se unen al Califato al presentarlos como “líderes” y “conductores” (p. 169). De esta manera, no se busca comprender el fenómeno terrorista a través del estudio de la religión sino a partir de discursos explicativos que le son ajenos, error que Salazar evidencia con un ejemplo ilustrativo:

si uno de ellos [jóvenes de clase media que se unen al Califato] dice haber tenido un sueño que le indicaba el camino al Califato, en vez de ver ahí una señal de alienación mental o de profundo malestar social, habría que empezar por leer un poco de filosofía teológica árabe para comprender hasta qué punto soñar es un acto racional de interpretación. (p. 171)

El capítulo 11 continúa con la crítica a la retórica de la gestión de crisis que la población y el gobierno adoptan luego de los atentados en Francia: se responder a estos ataques como a cualquier otra catástrofe –es decir, con manifestaciones pacíficas y colectas destinadas a las víctimas y sus familiares– porque el verdadero carácter del yihadismo es inasimilable para la comunidad de discurso² occidental; caracterizada por “la memoria corta, la negación y el rechazo de lo real” (p. 181), esta comunidad de discurso elige no ver las decapitaciones como “degüellos judiciales” (p. 179) que se producen también en el territorio controlado por el Califato, y tampoco tiene en cuenta las atrocidades cometidas por las tropas aliadas en Oriente Medio. De esta manera, “nuestra visión de la brutalidad es de dirección única” (p. 181). Esta realidad distorsionada se regula a partir de tres mecanismos de control del discurso: en primer lugar, los medios de comunicación juegan con la prohibición y el tabú, en tanto reproducen el material del Califato pero ocultan ciertos fragmentos para no impactar. En segundo lugar, se delimita claramente la línea divisoria entre la cordura y la insanidad: el terrorista surge como la nueva figura de la locura y delimita, por contraste, el territorio de la cordura. Por último, los medios se erigen como “policías de la verdad” mediante el comentario constante sobre las imágenes y discursos del Califato. Mientras estos tres mecanismos sigan funcionando, sostiene el autor, no se podrá vislumbrar el fondo de la cuestión: la aparición de una fuerza popular, “el pueblo califal”, en la escena política.

El capítulo siguiente retoma y desarrolla esta última cuestión: el resurgimiento, con los atentados perpetrados por ciudadanos franceses, del pueblo político y de su elemento constituyente, el individuo voluntarista; su existencia es ignorada por la retórica tecnocrática (propia del discurso neoliberal) de la clase política, en tanto esta simplemente “considera al pueblo como un recurso humano al que se le asigna unos objetivos que alcanzar” (pp. 190-191). En lugar de entender a los terroristas europeos como una entidad ajena al “nosotros” y una excepción al normal funcionamiento de la política, el autor plantea la necesidad de considerarlos una “forma fuerte del populismo” (p. 191), el cual, al igual que los populismos sudamericanos (y en una controversial comparación), divide al pueblo en dos –creyentes e infieles–, rechaza la jerarquía de clase y la dominación de las élites, construye un Otro enemigo, reivindica los reclamos

² Salazar llama “comunidad de discurso” a aquella comunidad que se constituye “mediante medios de palabra hablada y de texto escrito, pero también mediante las imágenes que se reenvían, imágenes de sí mismas y de los otros, de los efectos de verdad y de poder que esas imágenes crean” (pp. 178-179).

de las clases excluidas y exalta la espontaneidad en la rebelión del pueblo. Extremando este análisis, en el último capítulo el autor recupera al Carl Schmitt de *Teoría del partisano* (2013) para comparar al yihadista europeo con la figura del guerrillero, reconocible para el público occidental, a fin de hacer inteligible su accionar. De esta manera, se inscribe al terrorismo yihadista en la lógica de una “guerra subversiva” que, de forma similar a las guerrillas del siglo XX, no respeta las reglas de la guerra convencional; el guerrillero del Califato, amparado en el anonimato (tanto físico como digital) y en nombre de una doctrina político-religiosa que promueve la globalización del conflicto, se defiende contra el “ejército de ocupación” –fuerzas de seguridad estatales– en territorios considerados propios, y practica una ofensiva absoluta y radical a fin de recuperarlos para el islam. Salazar concluye el capítulo volviendo al argumento central del libro: la distancia radical e insalvable que instauro el Califato con Occidente: “Así, el Califato rechaza nuestro lenguaje (como medida de las cosas) y nuestros códigos políticos (como idioma común), que permiten resolver un conflicto o gestionar un litigio (...) Ahí radica su excepcionalidad: afirmar la diferencia y activarla” (pp. 220-221).

Finalmente, en el epílogo, titulado elocuentemente “Por qué Francia es su gran enemigo ideológico”, el autor retoma lo dicho en el prólogo y considera el “ataque mediático” que acompaña cada atentado como parte de una estrategia coordinada que sirve de apoyo moral a los combatientes y de proselitismo; a lo que añade un objetivo poco considerado hasta ahora: la construcción de una biblioteca califal a gran escala que, amparada en la permanencia digital que provee Internet, pueda servir de instrucción e inspiración para organizaciones futuras. Por otro lado, en respuesta al interrogante del título, se sostiene que Francia es “la patria de las Luces que ha expulsado a todas las religiones del discurso público, y es intolerante con la intrusión de la fe en el terreno de la República, y por consiguiente peor que descreída: es racionalista y humanista” (p. 235). Si bien Salazar sostiene que la comunicación digital de masas, utilizada por el yihadismo, se ha vuelto contra sus creadores, esto también demuestra “que nada puede sustituir a la cultura de las Letras, la civilización de los escritos consolidados y de las palabras oratorias propias de la civilización de Europa” (p. 239). Por último, exhorta a su auditorio a dejar de lado el discurso del “fin de la historia” para entender que el Califato ha devuelto la dinámica de la historia a Occidente: más allá de la contienda militar, hay que “armarse” retóricamente para combatir al yihadismo desde

el terreno de la persuasión, a fin de evitar que el modelo retórico occidental se vea sustituido por esta nueva retórica del ideal.

En suma, en un lenguaje claro y excelentemente documentado, *Palabras armadas. Entender y combatir la propaganda terrorista* realiza un lúcido análisis retórico y semiótico de la propaganda yihadista y expone críticamente los errores e ideas equivocadas sostenidos por los medios de comunicación y la clase política. Al lector latinoamericano, desde una perspectiva poscolonialista, quizás le resulten controversiales algunos aspectos de la obra, en particular la exaltación de la racionalidad europea y de sus valores republicanos; sería interesante, por otro lado, un análisis profundo de la responsabilidad de Occidente –mencionada pero no desarrollada– en la conformación y consolidación del Califato como consecuencia de su intervención en Oriente Medio. De cualquier manera, el autor acierta en ofrecer al público europeo certezas y propuestas concretas y permite esclarecer los términos de un fenómeno político y militar tan urgente como difícil de comprender.

BIBLIOGRAFÍA

- AMOSSY, Ruth y Anne HERSCHBERG PIERROT (2015); *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.
- AUSTIN, John Langshaw (1991); *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- COURTINE, Jean-Jacques (1981); “Analyse du discours politique (le discours communiste adressé aux chrétiens)” en *Langages*, núm. 62.
- FOUCAULT, Michel (1972); *Histoire de la folie à l’âge classique*. París: Gallimard.
- MICHAUD, Yves (1978); *Violence et politique*. París: Gallimard.
- SCHMITT, Carl (2013); *Teoría del partisano*. Madrid: Trotta.

Tomás Klemen
Universidad de Buenos Aires
(Argentina)
tomasklemen@gmail.com